

Isaac Asimov

Estoy en Puertomarte sin Hilda y otros cuentos

Traducción de Antonio Alférez Callejón
Revisión de Francisco Torres Oliver



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Asimov's Mysteries*
Traductor: Antonio Alférez Callejón
Revisión: Francisco Torres Oliver

Primera edición: 1972
Cuarta edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Doubleday & Company, New York
© de la traducción: Antonio Alférez Callejón, 1972
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-712-3
Depósito legal: M 24.787-2019
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Introducción
- 15 La Campana Armoniosa
- 43 La piedra viviente
- 76 Qué importa el nombre
- 103 Cuando muere la noche
- 146 Pâté de foie-gras
- 171 Polvo mortal
- 192 Una estratagema inédita
- 195 Estoy en Puertomarte sin Hilda
- 218 Nota necrológica
- 246 Luz estelar
- 253 La bola de billar

A toda la amable gente de Doubleday

Todos los personajes de este libro son ficticios y cualquier parecido con personas reales o muertas es pura coincidencia.

Introducción

Entre la mayoría de los que no están familiarizados con el tema, hay una tendencia a considerar la ciencia ficción como un miembro más del grupo de géneros especializados, tales como el policíaco, el del oeste, el de aventuras, el de narraciones deportivas, el amoroso y similares.

A quienes conocen bien la ciencia ficción, esto les ha parecido siempre extraño porque, *sub finem*, este género pretende ser una respuesta literaria a los cambios científicos, y esa respuesta puede abarcar la escala completa de la experiencia humana. En otras palabras, la ciencia ficción lo comprende todo.

¿Cómo diferenciar un relato de ciencia ficción de uno de aventuras, por ejemplo, cuando *sub finem* es tan intensamente aventurera que deja pálidas las narraciones normales de este tipo? Evidentemente, un viaje a la luna es ante todo una aventura de lo más emocionante, aparte de que sea otra cosa.

Yo he leído excelentes relatos de ciencia ficción que caen dentro de clasificaciones poco comunes, y que aportan un gran enriquecimiento al tema que tocan. Arthur C. Clarke escribió un delicioso relato del «oeste»..., pero se desarrollaba bajo el mar, y salían delfines en vez de ganado. No obstante, su título era «Un hogar en la pradera», y le cuadraba.

Clifford D. Simak escribió «Regla 18», que es un típico relato deportivo, pero que incluye viajes en el tiempo, de modo que el autocar del equipo terrestre va recogiendo a las grandes figuras de todos los tiempos, con las que cuentan para ganar el partido anual frente a Marte.

En «Los amantes», Philip José Farmer logró una notable variación del simple relato amoroso al escribir una historia de amor sobria y conmovedora que cruzaba la barrera no ya de la religión o del color de la piel, sino de las especies.

Cosa curiosa, era el género policíaco el que parecía más difícil de combinar con la ciencia ficción. Indudablemente, esto resulta chocante. Lo natural sería pensar que la ciencia ficción puede mezclarse fácilmente con lo policíaco. La ciencia en sí es casi un enigma, y un investigador científico es casi un Sherlock Holmes.

Y si queremos darle la vuelta a las cosas, ¿no existen novelas policíacas que hacen uso de la *mentalidad científica*? El Dr. Thorndyke, de R. Austin Freeman, es un ejemplo famoso y afortunado de detective científico (en el campo de la creación literaria).

Y sin embargo, los escritores de ciencia ficción se sentían cohibidos frente a lo policíaco en la ciencia ficción.

A finales de los años 40 me explicaron por fin esto. Me dijeron que, «por su misma naturaleza», la ciencia fic-

ción no jugaría limpio con el lector. En una historia de ciencia ficción, el detective podía decir: «Pero como usted sabe, Watson, a partir de 2175, en que todos los españoles aprendieron a hablar en francés, el español ha pasado a ser una lengua muerta. ¿Cómo es, entonces, que Juan López dijo estas significativas palabras en *español?*».

O también podría hacer que su detective sacara un extraño aparato y dijera: «Como sabe, Watson, mi franjistán de bolsillo es perfectamente capaz de detectar cualquier joya oculta en un instante».

Tales argumentos no me impresionaron. Me parecía que los escritores de relatos policíacos corrientes (no de la variedad de ciencia ficción) podían ser igual de desleales con sus lectores. Podían ocultar deliberadamente una pista necesaria. Podían introducir un personaje adicional, surgido de la nada. Podían, sencillamente, olvidarse de algo a lo que habían estado dando gran relieve, y no volver a mencionarlo. Podían hacer *cualquier cosa*.

Sin embargo, el hecho era que *no* lo hacían. Respetaban la regla de ser leales al lector. Podían oscurecer pistas, pero no las omitían. Las líneas esenciales de pensamiento podían insinuarse de manera casual, pero se insinuaban. Al lector se le orientaba sin remordimientos hacia una dirección equivocada, se le despistaba y se le confundía, pero no se le engañaba.

Parecía, pues, fuera de toda duda que los mismos principios habrían de aplicarse al relato policíaco de ciencia ficción. No se hacen surgir aparatos nuevos ante el lector para resolver con ellos el enigma. No se toma ventaja de la historia futura para introducir fenómenos *ad hoc*. De hecho, se han de explicar cuidadosamente todas las facetas del am-

biente futuro con la suficiente antelación para que el lector tenga una razonable oportunidad de ver la solución. El detective de novela sólo puede hacer uso de hechos conocidos por el lector *en el presente* o de «hechos» del futuro ficticio, que han de ser expuestos cuidadosamente de antemano. Incluso se deben mencionar algunos hechos de nuestro presente si se van a utilizar... para asegurarse de que el lector se está dando cuenta del mundo que le rodea actualmente.

Una vez aceptado todo esto, no sólo resulta evidente que el relato policíaco de ciencia ficción es un género literario perfectamente admisible, sino que se hace evidente también que es mucho más divertido de escribir y de leer, ya que a menudo posee un fondo fascinante de por sí, aparte de la intriga.

Pero hablar es fácil; así que sustituí la boca por la máquina, y en 1953 escribí una novela policíaca de ciencia ficción titulada *Las cuevas de acero* (publicada en 1954). Fue aceptada por los críticos como una buena novela policíaca, y después de su aparición no oí decir jamás a nadie que los relatos policíacos de ciencia ficción fueran imposibles de escribir. Incluso escribí una continuación titulada *El sol desnudo* (publicada en 1957), sólo para demostrar que el primer libro no era accidental.

Entre una y otra novela, y después, escribí también varias narraciones cortas para demostrar que los relatos policíacos de ciencia ficción pueden ser todo lo extensos que se quiera.

Estos cortos relatos policíacos de ciencia ficción (junto con algunos otros que se apartan más del género) son los que se recogen en este volumen, siguiendo el orden de publicación. Juzguen ustedes mismos.

La Campana Armoniosa*

Louis Peyton no discutía jamás en público los métodos con los cuales había burlado a la policía de la Tierra en una docena de duelos de ingenio y alarde, con la amenaza de la psicoprueba siempre aguardando, pero siempre frustrada. Desde luego habría sido una tontería, pero en sus momentos de mayor satisfacción, le venían ganas de dejar un testamento para abrir después de su muerte, en el que se viera bien claro que sus continuos éxitos se debían a su habilidad y no a la suerte.

En ese testamento diría: «No se puede trazar un plan para encubrir un crimen sin que aparezca en él alguna huella de su creador. Así que es preferible buscar en los acontecimientos algún plan ya existente y ajustar entonces a él tus propias acciones».

Con ese principio en la cabeza fue como Peyton planeó el asesinato de Albert Cornwell.

* Título original: *The Singing Bell*.

Cornwell, un tipo que negociaba con cosas robadas, se acercó a Peyton, el cual se hallaba en su acostumbrada mesa individual del Grinnell. Tenía un brillo especial el traje azul de Cornwell, una mueca especial su arrugado rostro, y estaban especialmente erizados los pelos de su bigote ordinariamente lacio.

—Señor Peyton —dijo saludando a su futuro asesino sin el menor presentimiento—, cuánto me alegro de verle. Casi había perdido las esperanzas, señor; casi las había perdido.

Peyton, a quien le molestaba que le interrumpieran mientras leía el periódico y tomaba el postre en el Grinnell, dijo:

—Si tiene algún asunto que tratar conmigo, Cornwell, sabe dónde puede encontrarme.

Peyton pasaba de los cuarenta, y su pelo había dejado atrás su original negrura, pero su espalda se mantenía tiesa, conservaba su aspecto joven, tenía los ojos oscuros y una voz de lo más cortante debido a su larga experiencia.

—Es que esto es muy especial, señor Peyton —dijo Cornwell—. Muy especial. Se trata de un escondrijo, señor; un escondrijo de... ya sabe, señor.

Y movió el dedo índice de su mano derecha como si fuera un badajo que golpeará algo invisible, y con la izquierda ahuecó momentáneamente el oído.

Peyton volvió una hoja del periódico, algo húmedo todavía del teledistribuidor, lo dobló y preguntó:

—¿Campanas Armoniosas?

—¡Chist, señor! —susurró Cornwell alarmado.

—Venga conmigo —dijo Peyton.

Atravesaron el parque. Otro principio de Peyton era que, para confidencias, no había nada como una conversación en voz baja al aire libre.

—Un escondrijo de Campanas Armoniosas; un escondrijo repleto de Campanas. Toscas, pero hermosas, señor Peyton —susurró Cornwell.

—¿Las ha visto?

—No, señor, pero he hablado con uno que sí las ha visto. Me dio suficientes pruebas para convencerme. Allí hay de sobra para que usted y yo podamos retirarnos en la opulencia. En la más completa opulencia, señor.

—¿Quién era ese otro hombre?

Una expresión de astucia cruzó el semblante de Cornwell como el humo de una antorcha, y más que animarlo lo ensombreció, confiriéndole una repulsiva untuosidad.

—El hombre era un excavador lunar que tenía un método para localizar Campanas en las laderas de los cráteres. No conozco su método; nunca me lo llegó a decir. Pero ha recogido docenas de Campanas, las ha ocultado en la Luna y ha venido a la Tierra para ver la manera de darles salida.

—Ha muerto, ¿no?

—Sí. Fue un accidente de lo más horrible, señor Peyton. Se despeñó. Fue una verdadera pena. Por supuesto, sus actividades en la Luna eran totalmente ilegales. El Dominio es muy severo con eso de la extracción no autorizada de Campanas. Así que tal vez haya sido un castigo, después de todo... En cualquier caso, yo tengo su mapa.

—No me interesan los detalles de su pequeño negocio. Lo que quiero es saber por qué ha acudido a mí —dijo

Peyton con una expresión de tranquila indiferencia en el rostro.

–Bueno, hay bastantes para los dos, señor Peyton, y los dos podemos ayudarnos. Por mi parte, sé dónde se encuentra el escondrijo y puedo conseguir una nave espacial. Usted...

–¿Sí?

–Usted puede pilotar la nave y tiene excelentes relaciones para dar salida a las Campanas. Es una división muy justa del trabajo, señor Peyton. ¿No le parece?

Peyton consideró su norma de vida –norma que ya existía– y el asunto parecía encajar.

–Saldremos para la Luna el 10 de agosto –dijo.

–¡Señor Peyton! Si todavía estamos en abril –exclamó Cornwell deteniéndose en su paseo.

Peyton siguió caminando con paso invariable y Cornwell tuvo que correr para alcanzarle.

–¿Me oye usted, señor Peyton?

–El 10 de agosto. Yo me pondré en contacto con usted a su debido tiempo y le diré adónde ha de llevar su nave. No intente verse conmigo personalmente hasta entonces. Adiós, Cornwell.

–¿Mitad y mitad? –preguntó Cornwell.

–De acuerdo –contestó Peyton–. Adiós.

Peyton prosiguió solo su paseo y consideró una vez más su plan de vida. A la edad de veintisiete años había comprado un trozo de terreno en las Rocosas, en el que algún antiguo propietario había construido una casa destinada a servir de refugio contra la amenaza de las guerras atómicas de dos siglos atrás, aunque después de todo nunca llegaron a estallar. La casa había quedado, sin em-

bargo, como el testimonio de un aterrado esfuerzo por autobastarse.

Era de acero y hormigón y estaba situada en el más apartado lugar que podía encontrarse en la Tierra, muy por encima del nivel del mar y protegida por todas partes con las crestas aún más elevadas de las montañas. Tenía su grupo electrógeno, su aprovisionamiento de agua de los arroyos de las montañas, sus cámaras frigoríficas en donde cabían perfectamente diez mitades de buey, su bodega equipada como una fortaleza y un arsenal de armas dispuestas para detener las hordas hambrientas y aterrorizadas que nunca vinieron. Y tenía su unidad de aire acondicionado que podía filtrar el aire una y otra vez hasta limpiarlo de todo, excepto (¡ah, la fragilidad humana!) de radiactividad.

En aquella casa de supervivencia, Peyton pasaba el mes de agosto cada año de su vida de soltero impenitente. Desconectaba los comunicadores, la televisión y el teledistribuidor de periódicos. Instalaba una barrera de campo de fuerza alrededor de su propiedad y conectaba un mecanismo que advertía si alguien se aproximaba a la casa, en el punto donde la barrera cruzaba el único camino que serpeaba a través de las montañas.

Durante un mes al año, podía estar completamente solo. Nadie le veía, nadie podía llegar hasta él. En completa soledad, podía gozar de las únicas vacaciones que tanto estimaba después de once meses de convivir con una humanidad por la que no sentía más que un frío desprecio.

Incluso la policía –aquí Peyton sonrió– conocía su riguroso respeto por el mes de agosto. Una vez había huído estando bajo fianza y se había sometido a la psicoprueba antes que renunciar a su mes de agosto.

A Peyton se le ocurrió otro aforismo que podía incluir también en su testamento: «No hay nada que dé tanta impresión de inocencia como una triunfante falta de coartada».

El 30 de julio, como el 30 de julio de todos los años, Louis Peyton tomó en Nueva York el estrato-reactor de no-gravedad de las 9,15 y llegó a Denver a las 12,30. Allí almorzó y tomó el autobús semigrave de la 1,45 hasta Hump's Point, desde donde Sam Leibman le llevó en su viejo coche terrestre –¡de gravedad completa!– hasta los linderos de su propiedad. Sam Leibman aceptó muy serio la propina de diez dólares que siempre le daba y se tocó el sombrero como venía haciendo cada 30 de julio desde hacía quince años.

El 31 de julio, como todos los 31 de julio, Louis Peyton volvió a Hump's Point en su aerodeslizador de no-gravedad y encargó en el almacén general de Hump's Point las provisiones necesarias para pasar el mes. No tenía nada de particular aquel encargo. Prácticamente no era más que una repetición de otros muchos encargos anteriores.

MacIntyre, el encargado del almacén, repasó gravemente la lista, la transmitió al Almacén Central de Mountain District de Denver, y al cabo de una hora llegó el pedido mediante el rayo transportador de masas. Peyton cargó las provisiones en su aerodeslizador con la ayuda de MacIntyre, dejó su habitual propina de diez dólares y regresó a casa.

El 1 de agosto, a las 12,01 de la noche, puso al máximo el campo de fuerza que cercaba su propiedad, y Peyton quedó aislado.

Y entonces cambió de plan. Deliberadamente se tomó ocho días de tiempo. Entretanto, fue destruyendo lenta y meticulosamente las provisiones que había adquirido para el mes de agosto. Empleó las cámaras pulverizadoras que servían para deshacerse de la basura de la casa. Eran unas cámaras de modelo avanzado, capaces de reducir todas las materias, hasta los metales y los silicatos, a un polvillo molecular impalpable y casi invisible. El exceso de energía que produjo el proceso fue arrastrado por el riachuelo de la montaña que atravesaba su propiedad. Durante una semana, el agua estuvo corriendo unos cinco grados más caliente de lo normal.

El 9 de agosto, su aerodeslizador le llevó a un lugar de Wyoming, donde le aguardaban Cornwell y una nave espacial. La nave en sí representaba una cuestión delicada, por supuesto, ya que había unos hombres que la habían vendido, unos hombres que la habían transportado y habían ayudado a prepararla para el vuelo. Sin embargo, todos esos hombres no podían conducir más que a Cornwell; y Cornwell, pensó Peyton con un asomo de sonrisa en sus labios fríos, sería un punto muerto.

El 10 de agosto, la nave espacial, con Peyton a los mandos y Cornwell –con su mapa– como pasajero, abandonó la superficie de la Tierra. Su campo de no-gravedad era excelente. A pleno rendimiento, el peso de la nave quedaba reducido a menos de una onza. Las micropilas suministraban energía silenciosa y eficientemente; y sin llamas ni ruidos, la nave traspasó la atmósfera, se convirtió en un puntito, y desapareció.

Era muy poco probable que el vuelo tuviera testigos, o que en estos tiempos de paz idílica y sosegada hubiere

un radar vigilando como en los días de antaño. A decir verdad, no había ninguno.

Dos días en el espacio; después, dos semanas en la Luna. Casi instintivamente, Peyton había contado con esas dos semanas desde un principio. No se hacía ilusiones respecto al valor de los mapas caseros, trazados por manos inexpertas. Podían servirle al que los había hecho, que contaba con la ayuda de la memoria. Para un extraño, podían no ser más que un criptograma.

Cornwell le enseñó a Peyton el mapa por primera vez sólo después de haber despegado.

—Al fin y cabo, señor, éste es mi único triunfo —dijo sonriendo obsequiosamente.

—¿Lo ha confrontado con los mapas lunares?

—Me sería muy difícil hacerlo, señor Peyton. Confío en usted.

Peyton le miró fríamente al devolverle el mapa. Lo único cierto que tenía anotado era el Cráter Tycho, donde se hallaba situada la subterránea Ciudad Lunar.

En cierto modo, al menos, tenían la astronomía de su parte. Tycho estaba en la parte iluminada de la Luna en ese momento. Lo cual significaba que era poco probable tropezarse con las naves patrulla, y menos aún que fueran vistos.

Peyton hizo descender la nave mediante un aterrizaje de no-gravedad, con arriesgada rapidez, en la oscuridad protectora y fría de la sombra interna del cráter. El sol había rebasado ya su cénit y la sombra no disminuiría.

Cornwell puso cara larga.

–¡Por Dios, por Dios, señor Peyton! No nos podemos poner a explorar a plena luz solar.

–El día lunar no dura eternamente –dijo Peyton con presteza–. Quedan unas cien horas de sol. Podemos emplear ese tiempo para aclimatarnos y estudiar el mapa.

La respuesta fue rápida, pero en plural. Peyton estudió las cartas lunares una y otra vez, tomando meticulosas medidas y tratando de encontrar la serie de cráteres consignados en aquel galimatías casero que era la clave de... ¿de qué?

–El cráter que buscamos puede ser cualquiera de estos tres: el GC-3, el GC-5 o el MT-10 –dijo Peyton finalmente.

–¿Qué vamos a hacer, señor Peyton? –preguntó Cornwall con ansiedad.

–Los exploraremos todos –dijo Peyton–, empezando por el más cercano.

Pasó el límite de la fase iluminada y se encontraron en la oscuridad de la noche. Después de eso, fueron saliendo a períodos cada vez más largos a la superficie lunar para acostumbrarse al eterno silencio y a la negrura, a los toscos puntos de las estrellas y a la raja luminosa que era la Tierra asomando en el borde del cráter, por encima de ellos. Dejaban unas huellas profundas e informes en el polvo reseco que no se movía ni levantaba polvareda. Peyton se dio cuenta de ello por primera vez cuando salieron del cráter a plena luz de la Tierra gibosa. Eso fue al octavo día de su llegada a la Luna.

El frío lunar limitaba el tiempo que podían permanecer fuera de la nave en sus salidas. Sin embargo, cada día lograban estar más rato. A los once días de llegar, ya tenían descartado el GC-5 como posible depósito de las Campanas Armoniosas.

A los quince días, el frío espíritu de Peyton ardía de desesperación. Tenía que ser el GC-3. El MT-10 estaba demasiado lejos. No tendrían tiempo para llegar a él, explorarlo y poder volver a la Tierra para el 31 de agosto.

Sin embargo, en ese mismo decimoquinto día se le dissipó definitivamente la desesperación, cuando descubrieron las Campanas.

No eran bonitas. Eran simples pedruscos de roca gris, del tamaño del doble de un puño, huecas en su interior y ligeras como una pluma bajo la gravedad lunar. Había unas dos docenas y, después de pulirlas convenientemente, podrían venderse por lo menos a cien mil dólares cada una.

Con todo cuidado, llevaron las Campanas a la nave transportándolas en el hueco de las manos; las metieron en una caja de serrín y volvieron a por más. Hicieron tres viajes que, de ser en la Tierra, les habrían dejado rendidos de cansancio; pero bajo la insignificante gravedad de la Luna, apenas llegaron a notarlos.

Cornwell le tendió las últimas Campanas a Peyton, y éste las colocó cuidadosamente junto a la entrada de la escotilla.

—Quítelas, señor Peyton —dijo; a través del transmisor, su voz sonaba ásperamente en los oídos del otro—. Voy a subir.

Se agachó para dar el gran salto lento por la gravedad lunar, miró hacia arriba, y se quedó helado de terror. Su rostro, claramente visible a través de la dura lusilita del casco, se heló en una última mueca de terror.

—¡No, señor Peyton! ¡No!...

El dedo de Peyton oprimió el gatillo de la pistola espacial que sostenía. Disparó. Se produjo un fucilazo de

insoportable resplandor, y Cornwell se convirtió en el residuo inerte de un hombre, tendido entre los restos de un traje espacial salpicado de sangre congelada.

Peyton se detuvo a contemplar sombríamente al hombre muerto, pero sólo un segundo. Luego trasladó las últimas Campanas a las cajas que tenía preparadas; se quitó el traje, puso primero en funcionamiento el campo de no-gravedad, conectó luego las micropilas y, considerándose en potencia uno o dos millones más rico que dos semanas antes, emprendió el viaje de regreso a la Tierra.

El 29 de agosto, la nave de Peyton descendía sigilosamente, con la popa baja, en el lugar de Wyoming de donde había partido el 10 de agosto. El cuidado con que Peyton había escogido el lugar no había sido inútil. Su aerodeslizador estaba aún allí, oculto al abrigo de una profunda hendidura del paisaje rocoso y accidentado.

Cargó otra vez con las Campanas metidas en sus cajas, y las llevó a la más profunda de las grietas, cubriéndolas con una ligera capa de tierra. Volvió a la nave para disponer los mandos y hacer los últimos ajustes. Salió de nuevo y, dos minutos después, los controles automáticos se hicieron cargo de la nave.

Veloz y silenciosa, la nave salió disparada hacia arriba, más y más, virando algo hacia el Oeste por efecto de la rotación de la Tierra. Peyton la siguió con la mirada, haciéndose sombra con la mano sobre sus ojos estrechos, y cuando estaba ya a punto de perderla de vista, se produjo un diminuto resplandor seguido de una nubecilla contra el azul del cielo.

La boca de Peyton se crispó en una sonrisa. Había calculado bien. Al retirar las barras de cadmio que ha-